

## EN TORNO A «LOS PERSAS» DE ESQUILO

Entre las siete clásicas tragedias de Esquilo se destaca *Los Persas* como uno de las de composición más clara y perceptible. Su estudio y análisis conducen al conocimiento del estilo y los procedimientos esquilianos que tan brillantemente se emplean en las demás. Pero por sobre esta distinción didáctica ofrece esta pieza valores y detalles tan interesantes en su majestuosa belleza que hacen de *Los Persas* una obra de interesante lectura. De algunas de estas particularidades salientes voy a ocuparme desde mi modesta si cómoda posición de dilettante de lo griego.

Ante todo comenzaré por no seguir el parecer de Müller, quien asevera que *Los Persas*. «tal como nosotros la poseemos, más que una tragedia parece un canto de duelo por los desastres y desventuras de los persas», lejos de eso y aun sin reparar en la conexión trilogica que afirma revelarse en la forma actual del drama, ésta se me ofreció siempre con una notable unidad y con un valor propio e independiente de supuestos antecedentes y consecuentes. Todo está en no considerar el sujeto de *Los Persas* como algo relativo de una acción mayor, como un segundo acto sino como algo absoluto, definitivo, con un argumento propio que es la exaltación del vencedor poniendo en escena al vencido con todos sus méritos, llevando de esta manera al ánimo de los héroes de Salamina y Platea el más puro y sincero entusiasmo.

Es de destacar la admirable unidad y solidez de esta obra en la cual todas las partes se ensamblan armónicamente trazando una purísima curva la sucesión de sus episodios. Desde el comienzo está dado el tono en que transcurre toda la tragedia creando una atmósfera de inquietud preparatoria de la explosión trágica (el parte del mensajero) que expone con una sencillez refinada el tema a desarrollar: «Persas, el ejército entero de los bárbaros ha perecido». Los presentimientos del coro, el expresivo sueño profético de Atossa, todo lo mantenido en potencia en el primer episodio, hace eclosión en este instante de una forma completamente musical, operística, sirviendo de fondo al excelente relato del mensajero. El conocido procedimiento esquiliano burlescamente anotado por Aristófanes y común por otra parte en Homero por ejemplo en la escena entre Thetis y Zeus (*Iliada*, canto I, verso 495 y sig.) de preceder de un largo silencio las palabras del personaje principal es en esta ocasión un acierto psicológico muy remarcable; ante la aterradora noticia el coro interroga al mensajero pero Atossa, como madre tarda en recobrar de la impresión recibida. Los recitados del Mensajero, de una epicidad intensa van colmando paulatinamente el espacio de expectativa preparado en el primer episodio desbordándose en la shakespeariana elocución del coro: «¡Oh destino funestísimo!

¡Y cuán pesadamente has brincado con ambos pies por encima de toda la raza persa! »

La descripción del combate naval está hábilmente dispuesta eliminando detalles que hubieran podido dispersar la atención rectilínea indispensable en la obra artística, elaboración que se puede observar confrontando con Herodoto (*Urania*, LXXXIV y sig.). La contraposición entre el sagrado peán de los griegos y la algazara bárbara recuerda nuevamente la *Iliada* (canto III, versos 1 a 10). La rigurosidad histórica que con todo se observa en la huida no es óbice para que en esta desastrosa retirada se haya condensado todo el pavor que Leopardo esculpíó en dos versos: « vedi . . . correr fra' primieri pallido e scapigliato esso tiranno ».

La aparición de la sombra de Darío introduce un segundo tema o ambiente por medio de la ignorancia de lo sucedido después del deceso, característica de los manes griegos (*Odisea*, canto XI, verso 100 y sig.) que se completa con un conocimiento profético del futuro, concepto recogido por Virgilio en el libro VI de la *Eneida*, y que le permite construir el tercer episodio con tres miembros finamente unidos. En el primero Darío es informado por Atossa (pues el coro calla respetuosamente, rasgo notable) de lo ocurrido, en el segundo certifica el cumplimiento de los oráculos sobre el porvenir de Persia trazando brevemente la gloriosa historia de esta nación que viene a decaer en los sucesos presentes, en el tercero termina advirtiendo a su pueblo que jamás lleve sus armas contra los helenos ensalzando a la Hélade de este modo. Termina su recitado con una amarga despedida al coro que recuerda el tono de la poesía lírica del siglo VI y sobre todo de Anacreonte:

« Y vosotros ancianos salud, y aún en el dolor mismo dad el alma a la alegría mientras el día luzca para vosotros, que las riquezas de nada aprovechan a los muertos ». Frase que cierra acertadamente el tercer episodio o desmoronamiento del poderío persa.

Pero la intención de exaltar el heroísmo persa derramado en las guerras médicas verdadero argumento de *Los Persas* como prolijamente lo estudia Patin se advierte en el Exodo. La patética salida de Jerjes simboliza en ese guerrero que vuelve con solo el carcaj la desastrosa retirada de los bárbaros y la pérdida de su opulento bagaje: « ¿Ves (al coro) lo que me resta de todos mis arreos y pompa militar? . . . Este carcaj ».

Cada expresión, al paso que va hundiendo en la desesperación al coro y su soberano debía por acto reflejo, avivar el entusiasmo en el auditorio compuesto en su totalidad por los héroes de Salamina y Platea y por sus descendientes inmediatos. Véase sino este fragmento: « Coro: No huye del combate el pueblo jonio. — Jerjes: Es un valerosísimo pueblo. No me esperaba yo la derrota que he presenciado ». En forma dialogada se comenta el desastre hasta que de la consideración de su dolor Jerjes y el Coro llegan gradualmente a la inimitable escena que arrancaría desde el verso: « Jerjes: Lloro, llora nuestra pérdida y vuélvete a tus hogares », en la cual Jerjes imperativamente impone a sus súbditos las demostraciones de

duelo en un diálogo en el que aún hoy creemos oír los ecos de las voces. admirable despliegue de arte trágico en el cual nada hay de representación directa de un suceso real, verosímil sino pura creación artística de una escena final de estilo marcadamente wagneriano que lejos de faltarle un fragmento final como trató de demostrar Köchly es un magnífico éxodo trágico. en el cual los actores llevados a lo más alto del pathos trascienden toda realidad y llegan a ser solo agentes del entusiasmo popular.

El final de *Los Persas* es el clamor de un pueblo que sentía subir desde las gradas de roca del rústico teatro la sagrada llama del patriotismo. — Antonio Yepes.